

EL HOBBIT

El largo viaje de Bilbo Bolsón, que no ha dejado de caminar

► Mañana se cumplen tres cuartos de siglo de la primera edición de la obra de Tolkien «El hobbit», que en diciembre llegará a los cines

JUAN GOMÉZ-JURADO

Corría el verano de 1929 en el Pembroke College de Oxford, y algo mágico estaba a punto de suceder. El profesor Tolkien, un joven profesor de literatura inglesa, se encontraba en su despacho corrigiendo exámenes de graduación, cuando encontró uno en blanco. Miró la hoja durante unos minutos, lamentando todo aquel espacio desperdiciado. Y después, sin venir a cuento, escribió en ella treinta y cinco letras: «*In a hole in the ground, there lived a hobbit*» (En un agujero en el suelo vivía un hobbit). Una única, fundacional frase destinada a cambiar la historia de la literatura fantástica, convertir a su autor en un icono universal y alimentar los sueños de millones de personas durante décadas.

Un cuento infantil

Pero entonces solo era eso, una frase aparentemente escrita al azar. ¿Qué diablos era un hobbit?, pensaba Tolkien mientras regresaba a casa junto a su mujer y sus hijos. No lo sabía, pero estaba dispuesto a averiguarlo. Aquel hombre sencillo, amante de la buena comida, el tabaco de pipa y los paseos bajo los árboles, disfrutaba enormemente de su familia. No es de extrañar que la historia de esa recién bautizada criatura fuese tomando la forma de un cuento infantil.

El pequeño Bilbo Bolsón era a todas luces un trasunto de Tolkien: campechano y alegre, que vivía en una arcadía campestre y segura no muy distinta al Oxford donde su creador daba clases. Pero como no hay literatura sin conflicto, la paz del pequeño Bilbo se verá muy pronto afectada por la aparición de un extraño personaje. El mago Gandalf, que acompañado por trece bravucones, penderos y bienintencionados enanos arrastrará al hobbit a una aventura suicida: alcanzar Erebor, la Montaña Solitaria, y arrojar de su

Tres películas para un libro

Aparentemente malditas durante mucho tiempo, la serie de películas basadas en «El Hobbit» verán la luz este año. A pesar del descomunal éxito de la trilogía que adaptaba «El Señor de los Anillos» -ganadora de 17 Oscars y en el sexto puesto entre las películas más taquilleras de siempre-, el proyecto para transformar en luz y sonido las palabras de la precuela se topó desde el principio con infinidad de baches. Comenzó con una enconada disputa económica entre la productora y Peter Jackson, director de la trilogía e idolatrado por los fans por su maestría técnica y por su fidelidad a la saga original. Continuó con incendios en el plató de Weta Workshop, que destruyeron las maquetas originales de ESDLA, muy necesarias en la nueva filmación. Y concluyó con la salida del director sustituto, Guillermo del Toro y la contratación de nuevo de Peter Jackson, solventados los problemas entre las partes. Pero el nuevo proyecto suscita dudas entre los fans, ya que la decisión de convertir las dos películas en tres apuesta a montaje comercial para seguir explotando artificialmente el hobbit de los huevos de oro. Saldremos de dudas el 14 de diciembre.

Historia devorada
El 21 de septiembre de 1937 se editaron las primeras 1.500 copias, agotadas enseguida

seno al dragón Smaug, que duerme en el corazón del hogar ancestral del reino de los Enanos. A regañadientes, Bilbo montó en su poni junto a Thorin Escudo de Roble, Bifur, Bofur, Bombur, Nori, Ori, Dori, Balin, Dwalin, Oin, Gloin, Fili y Kili. Una lista de apelativos que arrancaba cargadas a los hijos de Tolkien cuando la recitaba junto a sus camas, en las fases iniciales de la escritura de una historia aparentemente sencilla pero que apuntaba una enorme complejidad interna. En la creación de la Tierra Media, Tolkien invirtió años de arduo trabajo. Tomó como base las mitologías nórdicas y -el propio Gandalf se asemeja a la encarnación humana de Odin, un viejo vagabundo de bastón y larga barba gris-, los cuentos de hadas y su propia fe católica.

Las simbologías cristianas del pecado, la redención, el sacrificio y la comunión se repetirán una y otra vez en el texto, pero sin duda la energía más potente a lo largo de la narración será la propia alma de Tolkien. Como Bilbo, él también fue arrancado de su hogar por unos extraños bienintencionados, ya que fue reclutado por el ejército inglés durante la Primera Guerra Mundial. Combatió en la batalla del Somme, una carnicería inútil que se vería reflejada en sus escritos la batalla de los Cinco Ejércitos o en la de los campos de Pelennor. Y desarrollaría un profundo odio por la guerra y aquellos que transforman árboles en espadas.

Ida y vuelta

Pero todo este ingente trabajo hubiese quedado en nada si Tolkien no se hubiese atrevido a prestarle copias del manuscrito a su íntimo amigo C. S. Lewis (autor de «Las crónicas de Narnia») y a una joven exalumna suya que trabajaba en la editorial Allen & Unwin. El editor leyó partes del manuscrito a su hijo, que adoró la historia. Finalmente, el 21 de septiembre de 1937 vieron la luz las primeras 1500 copias de «El Hobbit, historia de una ida y de una vuelta». Se agotaron enseguida pues los críticos ensalzaron la novela, su originalidad y la brillantez y densidad del mundo fantástico que Tolkien había diseñado.

«El camino sigue y sigue, tras la puerta, y muy pronto he de seguirlo», dice la canción que impulsa al joven Bilbo, e igualmente Tolkien se vería



arrastrado a escribir una continuación de su historia, cuya popularidad era cada vez mayor a pesar de -o quizás gracias a- la enorme dificultad que planteaba conseguirla, debido al racionamiento del papel durante la Segunda Guerra Mundial.

Pero la Tierra Media era demasiado enorme, demasiado vibrante y arrojaba demasiadas posibilidades como para quedarse en el excelente pero ligero argumento de El Hobbit. Y así nació la trilogía de «El Señor de los Anillos», los tres volúmenes en los que Tolkien intentaría satisfacer la petición de su editor de «darle más información al público sobre los hobbits» mientras exorcizaba su odio por el nazismo y su profunda aversión a las arañas -le mordió una cuando era muy pequeño-. Ambos extremos los negaría Tolkien por activa y por pasiva ante las preguntas de críticos, periodistas y entusiastas, pero pocos le creyeron. Al fin y al cabo el autor tan sólo es el que da el primer paso. Y en estos 75 años transcurridos desde que salieron de la Comarca, los hobbits aún no han dejado de caminar.

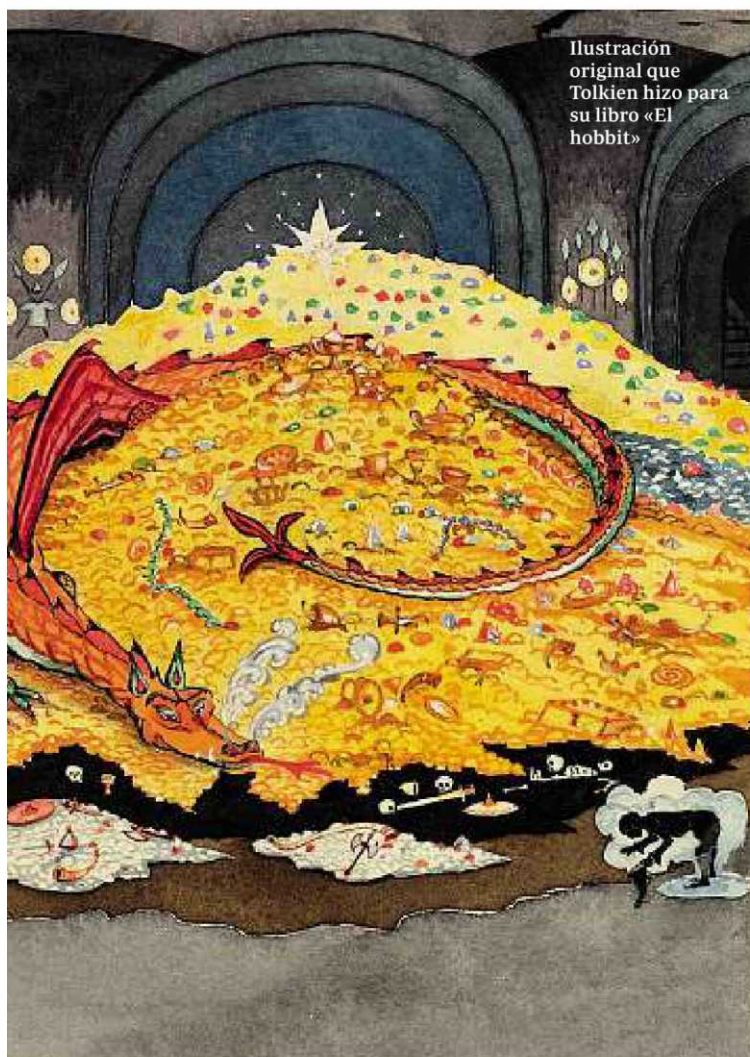


Ilustración original que Tolkien hizo para su libro «El hobbit»

Compañeros de viaje



Bombur, Bofur y Bifur.

Al nuevo filme de Peter Jackson no paran de crecerle los enanos. Este trío, concretamente, y pese a sus nombres rimbombantes, son unos perfectos rufianes, descendientes de mineros y herreros, que viajarán a la Montaña Solitaria en busca de tesoros y de barra libre de cerveza. No saben nada.



Bilbo Bolsón.

Prota de esta precuela de «El Señor de los Anillos», que en compañía del mago Gandalf y de trece enanos, se embarca en un aventura de campeonato hacia las profundidades de la Tierra Media, donde encuentra el Anillo Único. Martin Freeman se pone en su piel y sus orejas.

Thorin Oakenshield.

Este aguerrido guerrero es el líder de la expedición a la Montaña Solitaria, un viaje plagado de goblins, orcos, arañas gigantes y emociones más fuertes que un vuelo en Ryanair. Richard Armitage, visto en «Capitán América», es el actor inglés que le da vida.

